

Homilía de VIII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“Sobre todo buscad el reino de Dios y su justicia”

Pautas para la homilía

Yo no te olvidaré

En estos términos es como Dios habla por boca del profeta Isaías al pueblo elegido, mostrando ante todo ternura, amor y gran generosidad. Para ello utiliza un lenguaje tierno, protector, propio de un amor maternal, porque una madre nunca abandona a sus hijos, bajo ninguna circunstancia.

El contexto que rodea la lectura de Isaías está condicionado por el destierro en Babilonia, donde las esperanzas y los motivos de alegría desaparecen del pueblo de Israel. Todo parece perdido y condenado a la desaparición, una vez más el pueblo es sometido al fracaso, a la esclavitud.

Pero el Dios de la alianza permanece fiel, sigue acompañando al pueblo a pesar de la adversidad. En el último momento Yahvé va a devolver la dignidad a su pueblo, y por tanto nunca los abandonará a su suerte. Por ello la imagen maternal, muestra excelsamente la gran bondad que Dios tiene a su pueblo, y en definitiva a toda la humanidad.

No juzguéis antes de tiempo: dejad que venga el Señor

La misión de todos los cristianos va orientada a hacer posible la implantación del Reino de Dios en este mundo, y para ello necesitamos no solo predicar la Palabra de Dios, sino actuar de acuerdo al proyecto de Jesucristo.

La gran predicación ejercida por San Pablo en sus comunidades le llevó a enfrentarse a diversas incomprendiones, así como una serie de juicios sobre su persona. Sin embargo el Apóstol está convencido de que hace lo correcto a los ojos de Dios, y de ahí que no le importe lo que digan los demás.

Esto puede llevarnos a pensar si realmente somos justos con los demás, o los juzgamos a veces dejándonos llevar por una primera impresión personal. Pues un hecho concreto de una persona, no la define en su totalidad. Un ser humano es mucho más que una acción determinada en un momento preciso. De ahí que conviene ser cautos y no lanzar juicios a la ligera, que tan solo sirve para hacer daño y es tremendamente injusto.

San Pablo lleno del Espíritu de Cristo va dedicando su vida y su misión a extender el Reino de Dios, en palabras y en obras. Y aunque está a veces en terreno hostil y algo convulso, se siente coherente con lo que hace, y no le interesa lo que piensen de él. Sabe que al final será juzgado por el mismo Dios de Jesucristo, que ante todo es la justicia personificada.

Sobre todo buscad el reino de Dios y su justicia

Este texto que Jesús dedica a todos sus discípulos, de antes y de ahora, trata de cuestionarnos si somos verdaderos

portadores del Reino de Dios en nuestras vidas. Porque el Reino del que habla Jesús no es ficticio, ni un concepto abstracto, sino más bien es un Reino que se inicia en la tierra y consiste en sembrar amor y justicia en nuestras vidas y en las obras que hacemos.

Vivimos dentro de un contexto histórico, social, económico, y a veces implica que estamos más preocupados de cuestiones transitorias y superfluas, idolatrando muchas cosas que en realidad no son tan importantes. Y es precisamente en este aspecto en el que Jesús incide una y otra vez, si de verdad estamos centrados en el mensaje de Dios en nuestras vidas.

Con esta advertencia Jesús no intenta condenar el mundo sin más, ni que huyamos de lo que sucede a nuestro alrededor. Más bien es tener claro nuestras prioridades de ser hijos e hijas de Dios, y por tanto tenemos la tarea de ser testigos de Jesús siendo coherentes en nuestras vidas de cristianos. Y de esta manera nos pide que seamos portadores de esperanza, que logremos establecer caminos de paz, demostrando ante todo que somos dignos hijos suyos.

El centro de nuestra vida y misión de ser cristianos, es estar atentos a la implantación de la justicia de Dios, que pasa por vivir de acuerdo a un estilo de vida que intenta superar obstáculos y dificultades. Pasa por ponernos en el lugar del otro, siendo participes de sus alegrías y sufrimientos, estar cerca de los que peor lo pasan, de los que menos posibilidades tienen en la vida, y de este modo, seremos auténticamente cristianos.

Dios a través de Jesús nos invita a ser hombres y mujeres que ponen su confianza en él, y que en nuestro camino debemos de construir una verdadera humanidad. Todo mensaje de Dios tiene como destinatario a todos nosotros, para que seamos personas auténticas y plenas, que nos sintamos identificados con Dios y con las personas. Porque Dios quiere que seamos su comunidad fraterna, que sepamos compartir todo, que alejemos la falsedad y nos encaminemos a la alegría, a la esperanza, en definitiva a implantar el Reino en todo lo que hacemos y decimos.



Fr. Julio César Carpio Gallego O.P.
Convento de San Pablo (Palencia)